



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.



PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id.; un año, id. 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

N.ÚM. 19.

10 de Noviembre 1878.

SUMARIO.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—Reflexiones sobre la conciencia, por AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.—Poesías: Nocturno, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Silva filosófica, por ENRIQUE JOSÉ DE VARONA.—A la memoria de García Caballero, por JUAN VILA Y BLANCO.—Metella, por JOSEFA PUJOL DE COLLADO.—Una historia del mar, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Revista de modas, por SOFÍA TARTILAN.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

X.

LA VANIDAD.

SE dice que la *vanidad* es patrimonio de la riqueza, y esto solo es verdad hasta cierto punto; lo es, en el sentido de que el oro, que es lo que menos vale, es lo que más reluce y la *vanidad* concuerda por ambos lados con él, porque es lo más vacío y lo menos modesto; pero no lo es, en el concepto de que los vicios no son propiedad de casta, ni signo de familia.

Hay dos clases de *vanidades* en el mundo; la que cuenta con un fundamento, si el vicio puede tenerlo, y la que carece por completo de título, que es la más general y la que propiamente merece este nombre.

A la *vanidad* con título llámola *orgullo*: su punto de partida es la presuncion, su término es la soberbia: á la pretension sin título, llámola *vanidad*: su punto de partida es la necedad, su término el ridículo.

Mas quiero repasarlas ambas bajo el epígrafe comun de *vanidad*, que siempre es vano y hueco todo aquello que excede á la naturaleza, traspasa la razon é hincha la conducta.

Nadie desconoce la legitimidad de la satisfaccion del artista, autor de la obra inmortal, ni el derecho á la ufanía en el sabio descubridor de una verdad importante ó de una aplicacion utilísima, ni la justicia con que premia el alma generosa con su tierno aplauso,

la virtud santa ó la resolucion heroica: más trocar esta satisfaccion, esta ufanía y este aplauso en timbre de autoridad absoluta, ó en título de tiránicas imposiciones, no sólo es ya desvirtuar los méritos, sino dar razon para que se torne la pública admiracion en profunda estrañeza, y la general simpatía en universal repulsion.

El arte, la ciencia y la virtud dominan por sí: el fundamento de su imperio estriba en la influencia natural de la belleza, de la verdad y del bien sobre el corazon, el pensamiento y la conciencia del hombre; no hay, pues, razon alguna para agregarles otra fuerza, ni para exagerar su valor, ni para hacer sentir su gobierno en otra forma y por otros medios que los que ya posee.

La humanidad podrá decir al artista orgulloso:—*Ya se admiran tus obras, ya te se preparan coronas, ya te se llama ¡DIVINO! ¿Qué más quieres? ¿Prefieres trocar tu nombre inmortal por una memoria de maldicion? ¿Intentas sustituir tu gloria de semi-dios, por tu poder de tirano?*—Ser bella la obra y deformar el artista, es una degradacion que no puede perjudicar más que á éste; porque si despues de juzgada una obra bella, hace recaer la humanidad su juicio y su amor sobre el autor, es lógico, y en cierto grado inevitable, que el desprecio y la odiosidad que el autor orgulloso inspira, se derramen al fin sobre la obra, que quedará envuelta en las oscuras nubes del desden y los rencores.

La justicia que el mundo se vé obligado á hacer con el hombre, se trueca en injusticia para con la cosa; porque no es fácil, entre gentes más llevadas á la crítica que al aplauso, deslindar la persona de la cosa para dar en la práctica castigo al uno y premio á la otra.

Así mismo podrá la sociedad decir al sabio:—*Deploro una ciencia que me vendes tan cara: no niego el valor de tus producciones, más quizás lo diera por no poseerlas: yo acepto el imperio de tu razon, que gobierna con la verdad y manda con la justicia; pero no debo ni quiero tolerar el despotismo de tu soberbia, que se im-*

pone con tu arrogancia y nos azota con tu capricho.—

La tiranía del sabio puede ser argumento contra su sabiduría; que no es sana ciencia la que deja podrido el pensamiento en que se engendra é hinchada la conciencia en que se esconde.

La idea es la que vale en el mundo científico: y si una idea basta para inmortalizar á un hombre, un hombre es más que suficiente para matar una idea. No es difícil hallar teorías bellísimas y exactas, seductoras y sólidas, que yacen en el desprestigio y aún agonizan bajo el enorme peso de la execracion, ó se arrastran en el destierro y la impotencia á que las condena el miedo, merced al desconcepto de sus autores y al terror y el odio que inspiran sus orgullosos maestros. Ni hay ciencia que acepte un pueblo á cambio de su esclavitud; que si la verdad hace al hombre libre, no es posible que se imponga como señor, quien predica contra la servidumbre, ni forje las cadenas con lo mismo que destruye todo yugo.

Mas difícil es que el mundo tenga que reconvenir al héroe por la soberbia que funda en sus acciones; porque como la heroicidad exige un sacrificio, y éste supone falta de egoismo, que es á su vez el fundamento de la *vanidad*, es raro encontrar enorgullecido al que acaba de sacrificarse. Pero muchas veces suele el heroismo ser escabel de la ambicion; muchas veces un valor temerario, instrumento de soberbios planes, suele ser tenido como generoso desprendimiento; y acontece entónces, que tras el triunfo aparece la imposicion, que cae la mascarilla del sacrificio para enseñar el rostro de la codicia, y que la multitud suspende admirada su aplauso para alejarse irritada ó huir desfavorida. Tiranos hay en la historia que escalaron el trono desde las cimas del plebeyanismo, por medio de la osadía y de la astucia. Entónces la sociedad exclama contra esos hombres:—*Reniego de tu valor; porque si con él me has salvado de males posibles, por él he de llorar ahora males seguros; te creí por hipócrita y te odio por tirano; te busqué como*

salvador y te lanzaré como verdugo; fui víctima de tu traición y hoy no quiero serlo de tu ferocidad; donde creí hallar al héroe, encuentro al bandido; donde pensaba erigir un altar á tu virtud, tengo que levantar un patíbulo para tu crimen: huye, la sociedad necesita en todo caso mártires, pero nunca opresores.

Tal es la suerte de la *vanidad* con título; lo admirable se hace odioso, lo codiciable terrorífico, lo útil perjudicial, lo glorioso infamante. Tan lamentable cambio, castigo es de la soberbia que todo lo exagera, lo trueca, lo extravía y lo vicia; castigo es del hombre que corrompe su naturaleza, la tuerce, la mancha, la tiraniza y la destruye. El artista orgulloso decae hasta trocar el amor general en desden y compasión; el sabio soberbio se degrada hasta convertir la admiración de todos en indignación y odio; y el héroe tiránico se desprestigia y se envilece, hasta cambiar la gratitud popular en miedo y furores.

Pasemos ahora al segundo tipo; al simplemente *vano*; al que funda su orgullo en falsos méritos, y aduce como timbres de superioridad peripecias del azar, cualidades de relumbron y con gran frecuencia, títulos mentirosos de virtudes que faltan.

Vedle; es gordo y mofetudo, ó largo y estirado: arroja hácia atrás la cabeza con ademán altivo, y no dobla el cuello ni descubre la frente bajo el peso de la cortesía ni aún por el poder de la gratitud: su andar es magistoso, pero sus pisadas sonoras: deslumbran los diamantes de su pechera y le suenan los diges de su reloj, faroles y campanillas del coche de su presunción; pero que sirven para evitar un atropello á la modestia y á la urbanidad, que le ceden la acera; lleva gafas de oro por lo general, porque la vanidad es miope; esto le vale en la apariencia para darse importancia y explicar la grosería, y en la realidad, para mirar al mundo con desdénso descuido y á la humanidad como inmundo hormiguero: en cuanto á sí mismo, dicho se está que para su uso se quita las gafas y se queda ciego.

Otras veces vá en carruaje: él mismo dirige los caballos, lazo tiernísimo de la inteligencia animal y de la necedad humana: el orgullo guía á la bestialidad y la bestialidad tira del orgullo; y es evidente que la bestialidad lleva el peso. Nada pesa tanto como lo vacío; esto sería una paradoja, si lo vacío por dentro no estuviera por fuera lleno de miserias. No un coche, una carreta, no puede á veces con la carga de tanto desperdicio de la moda y escombros del lujo, como lleva á cuestras el fastuoso cortesano de la hinchada *vanidad*. Sedas, blondas, encajes, pieles, rizos, flores, plumas, metales, pedrería, oro, nácar, marfil, plata, acero, ámbar, azabache, pájaros, insectos, cabezas de mamíferos, espinas de peces, cuernos, conchas, anclas, cruces, puñales, pistolas, cañones, ¡demonios! que tales son los ridículos antojos de la moda, y los monstruosos abortos de la *vanidad*, forman la abigarrada y estrambótica envoltura en que se envuelven la ignorancia y el vicio, la pereza y el escándalo, la mentira y el orgullo, cuando salen á paseo. Mujer hay que arrastra en la carretela la fortuna de diez familias; hombre hay que derrocha en un momento de soberbio orgullo, el porvenir de cien jóvenes honrados.

¿Cómo ha de doblarse con tal peso la *vanidad*, esponiéndose á perder el equilibrio y á morir aplastada, convirtiendo en rica mortaja su espléndido atavío? La sacudida de un saludo, el movimiento de una emoción afectuosa, la expresión del cariño, el vivo ímpetu de un interés, pueden ser funestísimos. Ni hay tiempo para educar el corazón en la práctica de los sentimientos sociales ni de pensar en el mundo, cuando absorbe nuestra atención un prendido de efecto ó un traje de

explosión, ó mientras se imagina el modo de escitar la envidia y de provocar las adulaciones de los proselitos del dios *fausto*.

Ah! que haría el vanidoso sino fuera rico? La vida del oro es horrible: es el caso, que este metal solo tiene el valor que le presta un convenio, y con él reluce y domina sin embargo el orbe entero. Raro capricho el del hombre; hacerlo todo de nada: por eso á su vez el oro hace á la *vanidad*, que es como fabricar el ídolo de barro, la vida con estiercol, la dicha con humo, el porvenir con la miseria: el oro ha aprendido del hombre y el hombre del diablo.

Pues bien: ¿qué hace el vanidoso cuando no tiene dinero? Lo representa: lo que hace cuando no tiene talento, ni virtud, ni valor, ni vergüenza; lo finge: y entonces la *vanidad* es un sainete; la sociedad desprecia al actor, y rie del papel que representa; el tipo pierde su carácter trágico y terrible, y se hace inofensivo y ridículo; porque, téngase en cuenta, que cuando el pueblo no tiembla, se burla: la soberbia le puede contener por el miedo ó hacerle estallar por la ira; más la simple *vanidad*, le tiene á raya como impotente, cuando no le divierte por chocante y grotesca.

El público es muy indulgente con el vanidoso; hay momentos de buen humor en que le busca, porque le distrae hasta desternillarle de risa; así sucede con el delicioso tipo del *fanfarrón*, ó con el cómico personaje del *presumido petimetre*, y con la *marisabidilla*, y con la *política*, y aún con el *miserable avaro*, y el *visionario celoso*, y la *mujer hombruna*, y el *hombre afeminado*, y tantos otros como rebosa nuestra culta sociedad moderna. En otras ocasiones, estos tipos son impertinentes; pero siempre se les perdona y se les compadece: cansan y molestan, pero solo se les castiga con una mirada de desprecio, ó un epigrama sarcástico: ni aún la crítica tiene mucho que hacer con la *vanidad*, porque es defecto que lleva bastante castigo en sí, y que por tanto escita más lástima que coraje.

Sabe además el público á que atenerse con el vanidoso: como vicio de ostentación, no es hipócrita ni traidor; se delata asimismo hasta con cierta satisfacción; así es, que se ha contentado con advertir en una de esas profundas máximas en que sabe condensar su admirable filosofía, *Dime de lo que presumes, y te diré lo que te falta*: con la cual dá una respuesta perenne á todas esas virtudes fari-saicas, méritos de oropel y ostentosas ampu-losidades de una forma sin contenido, que suelen aparecer en el mundo para seducir á cándidos, engañar á incautos y dominar á imbeciles.

El vanidoso sale siempre condenado á la vergüenza; mil veces lo hemos visto así en el teatro, porque es tipo que ha facilitado siempre deliciosas escenas al ingenio cómico, y lo mismo sucede en sociedad; más no escarmienta, quizás porque no puede: como abejorro que gira en torno de la llama hasta que se achicharra las zumbadoras alas, voltea la *vanidad* con su dorado equipaje al rededor de la murmuración y del ridículo, hasta que cae bajo la burla ó la indignación, confundida y avergonzada. Su destino es siempre lamentable; si la ayuda el poder, sube la *vanidad* y se mantiene sobre el odioso trono de la tiranía, hasta que de él la derrumban los legítimos furores de la tremenda cólera popular; si no la auxilian los méritos reales, se encarama y se mantiene sobre el hueco pedestal de su propia presunción, hasta que la derriban, entre burlonas carcajadas y crueles silvidos, el ridículo y el cansancio. De uno y de otro modo, su reinado es siempre efímero y pobre; porque ni puede ser permanente lo que es fantástico hasta la falsedad, ni son numerosos los satélites del vacío, ni los esclavos del error y la mentira.

El vano se basta asimismo, dejémosle, pues, solo, que así está bien: si se acerca, recibámosle con una sonrisa; si se aleja, despidámosle con una carcajada.

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

REFLEXIONES SOBRE LA CONCIENCIA.

La conciencia, en el sentido recto de la palabra, es decir, la justa apreciación del bien y del mal, es una propiedad innata en el hombre, un tribunal, como se la ha llamado, erigido por la naturaleza en lo más recóndito del ser humano, ó es una virtud adquirida y practicada con esfuerzo?

Para ser una propiedad innata, una ley natural en fin, como aseguran muchos, le faltan dos condiciones esenciales: la inmutabilidad y la universalidad. ¿Cómo explicar, en efecto, que lo que en otras épocas fué perfectamente justo, haya sido después injusto, y lo que hoy mismo es natural y corriente en un país, sea criminal en otro? Confúndese generalmente la moral con la conciencia, y al ver cómo aquella vá extendiendo cada vez más por casi toda la tierra unas mismas ideas sobre lo bueno y lo malo, se toma por manifestación unánime y espontánea de la conciencia universal, lo que es obra y resultado de una elaboración paulatina, pero continua, de la experiencia ilustrada.

El hombre trae al mundo todos los gérmenes del bien y del mal, para que unos se desarrollen á expensas de los otros, quedando éstos como atrofiados: latentes siempre en él, pero sin fuerza; siendo muy raros esos seres, verdaderamente incomprensibles, en quienes parece adquirir igual vigor ambas facultades, la del bien y la del mal, aunque en realidad siempre prevalece una. El salvaje, como hombre que es, nace con iguales disposiciones, pero ejecuta el bien ó el mal, ó ambas alternativamente, sin que nada en su interior le aplauda ni le censure con arreglo á las máximas de moral establecidas entre los hombres civilizados, sino con arreglo á las erróneas y brutales costumbres del centro en que vive, que sancionan como bueno lo que satisface el instinto y declaran malo lo que le contraria.

Todo depende, pues, en primer lugar, del círculo de familia en que hayan de desarrollarse esos gérmenes, convirtiendo las vagas tendencias del alma en inclinaciones determinadas; y más tarde, del círculo social que rodea al individuo, círculo más amplio, y por lo mismo, menos coercitivo que el de la familia, pero lo suficiente para acentuar más el carácter, la conciencia, que se viene formando, y á cuyo influjo las inclinaciones determinadas en el niño, se hacen rasgos característicos en el hombre, constituyendo definitivamente su personalidad, su modo de ser especial.

A esta afirmación puede objetarse con el ejemplo de muchos individuos de costumbres depravadas, nacidos, sin embargo, y educados en el seno de familias ejemplares y en medio de sociedades morigeradas. Ciertamente, y todos hemos visto esos desdichados tipos; pero buscad, buscad bien, y hallareis en esas familias ejemplares algo que flaquea, algo que deja se-tuerza al brotar la planta hombre. Aquí encontrareis honrados sin tacha; pero revestida de tan dura intolancia, que debiendo ser simpática y comunicativa, es repulsiva; allá vereis bondad inagotable, pero tan excesiva, tan indulgente, que carece de la fuerza necesaria para imprimir una dirección acertada. En otra parte hallareis las virtudes más puras, pero, desprovistas de ilustración, no pueden razonar lo que enseñan; más allá os parecerá encontrarlo todo reunido: virtudes, ilustración, bondad, carácter; pero observad bien y vereis que falta algo, y algo esencial: vereis que los lazos de la familia se han aflojado, que el esposo y la esposa, modelos de su sexo cada cual considerados separadamente, no forman una pareja modelo, y una vez hendido el tronco, las ramas caen desgajadas á ambos lados, adheridas éstas á una mitad y aquellas á la otra. Ved esa otra familia que os presenta también las garantías más satisfactorias; pero ¿qué os pasa allí, que parece que vuestra sangre se congela en las venas? Aquella casa está atacada de una enfermedad terrible: el exclusivismo de familia, el yo colectivo, que aísla un

grupo de individuos en la sociedad, sustrayéndole así á la influencia de un elemento preciso, indispensable al completo desarrollo del carácter ó conciencia; y aquellas almas, apolilladas en flor por la carcoma del egoísmo, están secas para la humanidad, y sus manifestaciones exteriores, si no son malvadas, llevan siempre el sello de pequeñez, esterilidad y ruina, como los tardíos frutos de un árbol herido de muerte, porque todo lo que se aísla, perece: todo miembro atado perfectamente en el gran organismo social, se gangrena y tiende á corromper los otros, que instintivamente tratan de separarle.

Siendo para mí evidente que la conciencia se forma, adquiriéndola de las personas que nos rodean y pasando de individuo á individuo, de generación á generación y de edades á edades, mejorando constantemente y á pesar de todo la universal, al paso que basta el más pequeño descuido para malear por siempre la individual, nada me parece más árduo que la misión encomendada á los padres—y nunca en verdad á los profesores—de recibir el alma tierna y dócil á todas las impresiones que se intente comunicarle, de donde quiera que ellas vengan, pues como una masa inerte las recibe sin exámen ni protesta; de prepararla con el mayor cuidado, de limpiarla á cada momento de todo lo que pueda mancharla, de alejar esto, aproximar aquello, pulirla, enderezarla, sostenerla, velar sobre ella sin descanso y sin desmayar un instante! Y ¡ay del padre que se duerma ántes de haber dado á su obra la consistencia necesaria para resistir las inmensas ráfagas de las pasiones! El monumento levantado con su sangre y su carne; con todo su saber, con todas sus virtudes, con todo lo mejor que ha hallado en sí, resumen selecto de su propio ser, caerá deshecho á su vista al primer embate de aquellas!

El principal cuidado del padre, y más directamente aún, de la madre, ha de ser razonarlo todo á la débil inteligencia de su hijo, supliendo, mientras lo necesita, la conciencia que le falta: que no pase un objeto ante su vista sin que se le dé exacto conocimiento de él; que no pase un hecho sin quedar clasificado entre los buenos ó los malos para que nunca haya inercia ni vaguedad en su raciocinio, acostumbándole casi desde la cuna á la observación, al exámen y al juicio. Sobre todo, hágase de sus propias acciones, de los pequeños movimientos de su alma, de sus juegos, de sus llores, otros tantos motivos de estudio para él mismo; pero nunca sin haberlo sido ántes para el padre, que debe leer en el alma de su hijo con la misma facilidad que se lee y comprende un libro constantemente hojeado y siempre con nueva atención. Nada que haga ó diga el niño debe ser visto u oído con indiferencia; obsérvesele siempre, sin que él advierta que es observado para no intimidarle y para poder, dejándole toda su espontaneidad, estudiarle mejor. La bondadosa y confiada indiferencia con que miran los padres en general todo lo infantil, que denominan bajo el nombre genérico de *gracias*, comprendiendo en dicha denominación todos los movimientos en que se manifiesta el alma del pequeño ser sin detenerse á indagar cuales proceden del elemento del bien y cuales del elemento del mal contenidos en ella, es de inmensa trascendencia para el niño, como lo sería para un ciego de nacimiento, el dejarle dar sólo los primeros y más difíciles pasos: las huellas de las infinitas caídas que precisamente habia de dar, quedarían grabadas en su cuerpo para siempre. Es preciso hacer ver al niño que su conciencia es objeto de grande interés para todos los que le rodean, acostumbándole de este modo á prestarle el suyo más profundo.

Pero ha de tenerse mucho cuidado con modificar la vigilancia según las edades del ser que se viene formando, y según las aptitudes que vayan revelándose en él. Cuando su conciencia empieza ya á manifestarse por medio del raciocinio, siquiera sea débilmente, no deben dársele formulados los pensamientos y los juicios; es preciso entonces incitarle con discreta habilidad á que emita los propios sobre todo aquello que pueda alcanzar su mente, á fin de enseñarle á no dejar nunca ésta ni su conciencia en la inactividad, que pudiera hacerse habitual. El padre cesa entonces de ser suplente de la inteligencia de su hijo, para convertirse en auxiliar de ella.

Y cuando el niño sea hombre, ó la niña mujer, no

se les ultraje con una vigilancia excesiva, demostrando así que no se tiene confianza en la propia obra, á manera de un arquitecto que, terminado ya el edificio, no se atreviese á quitarles los puntales, poniendo de manifiesto por el solo hecho su incapacidad. Fórmese la conciencia con todo el esmero que exige, y déjese la luego proceder libremente. No quiere decir esto que el padre se desentienda por completo del hijo, llegado éste á cierta edad; no: la vigilancia paternal no termina nunca, pero su grande habilidad ha de consistir en graduarse con arreglo á las circunstancias, haciéndose cada vez menos perceptible. El lazarillo de la infancia, el mentor de la niñez, debe ser para la juventud consejero discreto y amigo afectuoso que modere suavemente sus fogosos ímpetus y la sostenga en las grandes penalidades de la vida.

Es evidente que no puede formarse un carácter completo, una conciencia, sin tener bien formada la propia, porque nadie puede transmitir lo que no posee. Y ¿dónde están esos padres, sobre todo, esas madres, que han de servir de norma á sus hijos? Son en verdad muy pocos; es preciso que se creen, rompiendo el círculo vicioso de que no puede haber hijos ejemplares sin ejemplares padres, y que éstos no pueden serlo porque los suyos tampoco lo fueron. Hay que empezar, y todos tienen á su alcance el único medio posibles: la lectura, el estudio.

Teniendo la modestia de reconocer la propia insuficiencia, y la buena voluntad de remediarla, provéanse de buenos libros filosóficos y morales que les enseñen á ellos las lecciones que han de transmitir á sus hijos. Muchos hombres grandes y muchas mujeres eminentes han consagrado su vida casi exclusivamente á la propagación de los más sabios preceptos, formando verdaderos métodos de enseñanza moral. Pidan auxilio los padres á estos bienhechores de la humanidad, y apoyados en tan firmes báculos, marchen sin temor por la senda que les marca su deber. Con el tesoro de amor que ellos poseen, y que emplean con tanto afán en la conservación de la salud—no siempre acertadamente por falta de instrucción—en la de la hermosura, en todo lo que se refiere á lo físico del ser confiado á su responsabilidad, á su infinita ternura, ¡cuántas ventajas podría obtener aplicando esa extraordinaria fuerza de sentimiento y de abnegación que tienen concedida por la naturaleza, á formar la conciencia de sus hijos, objeto primordial de toda persona sensata!

Suelen decir las madres que no tienen tiempo para leer ni para emprender la enseñanza de sus hijos, aunque muchas de ellas lo encuentran siempre para asistir á toda clase de diversiones. Pero no hablemos de las que proceden así; refirámonos á las buenas amas de casa que trabajan con tesón en las labores propias de su sexo, pagando niñeras y escuelitas de párvulos para entregarse á aquellas con más libertad. Pues bien, truéquense las ocupaciones y los gastos: suprimanse las ignorantes y casi siempre inmorales niñeras; omitanse las ineficaces escuelas, y páguese con estas economías una ó dos costureras que dejen á la madre el tiempo necesario para cumplir su primer deber.

Esto en cuanto á las de escasa fortuna.

Respecto á las ricas, no tienen disculpa: sus hijos deberían ser modelos en el punto concreto á que me refiero, y por desgracia suelen ser los más deficientes. Estas lo remiten todo á los profesores, que su posición les permite pagar extensamente, creyéndose eximidas de toda enseñanza directa. Se engañan; los profesores pueden formar hombres muy ilustrados; pero, teniendo tantos á su cargo, están imposibilitados de trabajar asiduamente, como es preciso, en esa delicadísima filigrana que se llama conciencia.

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.

Almería: 1878.

NOCTURNO.

La Luna, que los cielos
Viste de plata,
Con su reflejo pálido
Mi reja esmalta...
En los azules
Espacios, las estrellas
Brillan sin nubes.

Qué hermosa está la noche,
Pero qué triste!...
Su silencio de muerte...
Pesa y oprime...
Sólo se agita
Sobre el mundo dormido
Ligera brisa...

En ella, los rumores
Que el mar levanta
Palpitan un momento,
Vibran y pasan;
Vuelve el silencio
Que apaga entre sus pliegues
El pensamiento...

Qué triste está la noche,
Pero qué bella...
En su nada brillante
Mi alma se anega,
Que ese vacío
Es la imagen solemne
De lo infinito...

Al borde estoy de un mundo...
Límite estrecho
Á su ambición gigante
Lo halló el talento...
Ante la ciencia
Cayó de lo imposible
La ancha barrera...

Y en ese mar movable
De olas y espumas
La mano de un marino,
Fuerte y segura
Trazó una línea...
Arteria que á otros mundos
Dió sangre y vida...

También del mundo bello
De la esperanza
Al límite impalpable
Llega mi alma...
¿Podrá, Dios mío,
Al mundo de su anhelo
Dar un camino?...

¿El mar de las pasiones
Puede vencerse
Como ese mar, que agitan
Olas hirvientes?...
Ó es tan inmenso
Que en sus olas naufragan
Nuestros deseos...

Yo fletaré la nave
Que no naufraga;
La nave lisongera
De la esperanza,
Si no se pierde,
Ni adelanta, flotando,
Ni retrocede.

La que lleva á su bordo
Las ilusiones,
Jamás resistir puede
Del mar los golpes...
Las tempestades
Su velamen de nubes
Pronto deshacen.

Sólo hay una, que firme
Venza las olas,
Para buscar un mundo
De paz y gloria...
Nave que lleva
La razón como casco,
La fé cual vela...

Sobre esa nave hermosa
Que el mar no vence
Yo iré á buscar el mundo
Que sueño siempre...
Haz tú, Dios mío,
Que de ese mundo inmenso
Yo halle el camino!!!

PATROCINIO DE BIEDMA.

SILVA FILOSÓFICA.

DE DIOS SOLO SABE EL HOMBRE, QUE EXISTE.

Inescrutable ser, sublime arcano,
Que mi mente en ardores agitada

Anhela penetrar, ¿dónde está, dónde
La clave deseada
Del alto enigma que fatigo en vano?
¿Quién eres, númen? ¿Qué region, qué Cielo
Tu planta agita, llena tu presencia?
Tu origen, ¿dó se esconde?
Con fatigoso vuelo
¿Busca también la nada tu existencia?
¿Ó perene, inmutable,
En tu solio de fúlgidos topacios,
Verás al orbe desquiciarse, y nuevos
Mundos surgir, al resonar potente
Tu creadora voz por los espacios?
Materia deleznable,
Hechura de tu mano,
Yo, me humillo ante tí, la frente hundida
En el polvo, Señor; con reverente
Labio, te invoca, el alma poseída
De sagrada ansiedad. ¡Oh Soberano
Dueño de toda ciencia!
Desde la excelsa cumbre,
Dó en majestad te asientas y eminencia,
Descienda un solo rayo de tu lumbre,
Y en su divina llama
Mi corazón inflama,
Con que dejando la materia inerte,
Mi espíritu vuele á tu suprema esencia,
Y conocerte pueda y comprenderte,
Y conocido, amarte,
Y comprendido sepa venerarte.
De sombras y fragor y horror cercada
Llega la tempestad, treme la tierra,
Su luz apaga el Sol, ruge el abismo,
Y el viento ronco por los valles zumba:
La más humilde sierra
Ve su frente de nubes coronada,
Celeste fuego las tinieblas hiende,
Sordo ruido retumba,
Y un mar de las alturas se desprende.
Y el nuevo cataclismo,
De la tierra y el Sol y el mar y el viento
El unísono acento
Anonada á mi oído,
Que medroso recoge su estampido,
Del rayo y trueno con la voz diciendo:
¡Existe Dios! existe, repitiendo.
Del céfiro en las alas
Viene la calma á desterrar el duelo:
Cobra natura sus perdidas galas;
Serenó esplende el Cielo:
Entre gayadas flores
El aura espira susurrando amores;
Ó por el manso golfo se dilata,
Ondas rizando de nevada plata:
Y con dulce concento
La clara esfera y sosegado viento,
El riente prado y líquida llanura:
Existe Dios, en mi interior murmura.
Y cuanto abarca ansiosa fantasía,
Los soles, que girando
En curso perennal, mundos sin cuento
Vivifican ignotos, la rastrera
Planta que huella, el águila altanera
Que en los aires ostenta su ufanía,
El reptil que en guarida yace oscura,
Y el raudo pensamiento
Que va un misterio y otro escudriñando,
La estrecha cárcel que le oprime triste,
Todo en acorde voz me dice: ¡existe!
Créolo así, Señor; de tu existencia
Llena está mi alma toda; mas ¿vedado
Es á mi inteligencia
Más allá penetrar? ¿Siempre ignoradas
De mí serán tus leyes eternas;
Y cuánto arrebatado
Por noble anhelo preguntar he osado?
En vano otras señales
Que tu altísimo ser me den potente
Quiéren hallar en tu obra mis miradas,
Y el que nace en mi pecho ruego ardiente,
Con fé que nunca marchitó la duda;
Natura sorda permanece y muda.
¿Será que deba acaso
Al hombre interrogar? Los ojos giro
Por la extensión de la anchurosa tierra.
¿Por qué vuelvo la faz, trémulo y laso?
¡Execrable maldad! Dó quiera miro
Á la ambición soberbia, profanando
El nombre venerando,
Y erigiéndose aras consagradas,
Á donde acuden las humildes greyes,
Á recibir postradas
La humana voluntad por sacras leyes;

Mientra amaga rugiendo
Sus frentes inclinadas
El fanatismo horrendo,
Que la sangre en raudales desprendida!
Contempla sonriendo,
¡Digno holocausto á su deidad mentida!
¡Temerosa lección! Mis voces hiela
Pavoroso dolor. Ya reverencio,
Númen desconocido,
Con rendida humildad tu alto silencio!
¡Eres, Señor! ¿Qué más envanecido
Tu hechura inquiere? ¿Su altivez qué anhela?
¡Eres, Señor! Y sólo es dado al hombre
Sellar el labio, y bendecir tu nombre!

ENRIQUE JOSÉ DE VARONA.

Puerto Príncipe: 1878.

Á LA MEMORIA DEL EXCELENTE ESCRITOR Y POETA.

DON FEDERICO GARCÍA CABALLERO.

La pobre endecha que mi amor te debe,
Las auras llevan hoy á tu sepulcro:
Tarde, muy tarde, Federico mío,
Te dá mi lira el fúnebre tributo.

Antes debí llorar; aún hoy sus cuerdas
Con torpe mano temblorosa pulso:
Déjome sin vigor, diré sin vida,
De aquel temido tránsito el anuncio.

Contando iba en mi afán hora por hora
Las que acercaban el retorno tuyo:
Pronto el abrazo recibir debías
Del triste ciego... mas á Dios no plugo.

Ruge la tempestad; hiérete el rayo;
Torció la muerte de tu nave el rumbo:
¡Triste nave gentil!... ¿En dónde surge?...
Allá en el puerto de la muerte oscuro.

¡Oh siempre tristes esperanzas mías;
Aunque tan pocas en mi pecho nutro!...
Una eras tú, mi Federico; en vano
Te esperé, porque allá quedaste oculto.

Ya no contigo en prolongado Invierno
Tendré el gustoso partir nocturno;
No escucharé las cadenciosas rimas,
Juegos de tu feliz númen fecundo.

¡Cómo era grato para mí el acento
Del arpa tuya, sonoro y puro,
Bien digno de cantar cuanto llevaba
De una insigne virtud el sello augustol

No quiero aún hoy avaluar la alteza
Que por gracia del estro y del estudio
Consiguí tu moral literatura,
Del honor y la fé siempre al impulso.

Sólo ahora intento encarecer mi pena,
Pues que la muerte, ambicionando triunfos,
Ha disipado la esperanza mía,
Si á las tuyas también término puso.

¡Mi pena hoy sólo encarecer intento,
Pues en mi limbo de tinieblas sufro,
Sin ver la luz del Sol, y sin que venga
Para alegrarme tu cordial saludo.

¡Pobre y amado Federico mío!...
No, no: más pobres con su negro luto,
Y lágrimas sin fin que en sus mejillas
Les abren hondo prolongado surco;

Más pobres ¡ay! que tú la dulce esposa
Y la niña gentil, precioso fruto
De un inefable amor... tórtolas tristes
Gimiendo están sin tu amoroso arrullo;

Más pobres ellas con su afán eterno,
Con su gemir, que es lánguido susurro,
Con su llorar, interminable lluvia
De tiernísimas lágrimas sin número.

Tú las espinas del dolor dejaste
Cuando á la tumba descendiste, al punto
Que en raudo vuelo entre querubes tu alma
Subió quizás á la mansion del justo.

Quizás... ¿y porqué no? Piadosamente
Yo en las eternas cármes te juzgo.
¡Eras tan bueno!... del dolor sufrías
Y soportabas sin quejarte el yugo.

¡Miseria juventud! mar sin bonanza;
Una vez y otra vez golfo iracundo...
Entre sirtes la nave caminando,
Zozobra débil... resistió tres lustros!

Ofreciéndote á Dios en sacrificio,
Y viendo en Él tu protector refugio,
Su nombre sacrosanto repetías,
Creyente con fervor, si moribundo.

Pues bien; si estás con Dios, para la esposa
Y tierna niña y mísero caduco

Ciego, tan sólo en su morada triste,
Algun consuelo alcánzanos... alguno.

Por tí, cual ántes, sin cesar al Cielo
Nunca olvidado del amor el culto,
Nuestras súplicas van; Él las acoja,
Si aún el ruego por tí fuere oportuno.

Vosotros, restos del cantor amable,
Si os vela—guardador—el mármol duro
Sin permitir que de los labios míos
Ni un soplo leve os acaricie mudo,

Yaced en calma: desde aquí en el mármol,
Guardador vuestro fiel, besos esculpo:
Para mensajes al amado, siempre
En ausencias amor, secretos supo.

En vosotros pensando, me parece
Que no hay distancias y que al mármol junto
Mi boca, y dejo entre sus letras de oro
Algo del corazón, su savia y jugo.

Los que leyereis mis extrañas rimas,
No me digais que de ilusiones nutro
Mi fantasía, pues con ellas calmo
De mis íntimas penas el tumulto.

Ilusiones serán, pero dejadme
Beber la copa en que dulzuras gusto:
Si ya no existe lo que amé, repose
Mi pensamiento en lo que resta suyo.

JUAN VILA Y BLANCO.

Alicante: 1878.

METELLA.

(Traducida para el CÁDIZ, por Doña Josefa Pujol de Collado.)

EL melancólico Otoño prestaba á la tierra los pálidos
reflejos de un sombrío manto, las hojas azotadas por
el viento, se desprendían de los árboles, la natura-
leza entera parecía envolverse en fúnebre sudario, y aún
el hermoso cielo de la risueña villa de Albano, ostentaba
su incomparable azul, como si la graciosa Primavera, qui-
siera perpetuar un mágico reinado, en la riente y seductora
Italia.

En un reducido jardín contiguo á una casa de elegante
y sencilla apariencia, se paseaba una bellísima jóven re-
citando admirables tiradas de armoniosos versos; nada
más expresivo que su encantadora fisonomía, nada más
dulce que la inflexión melodiosa de su voz, á no ser por el
sencillo traje de aldeana que vestía, cualquiera la hubiese
creído, á juzgar por su noble continente y sus delicadas
maneras, la digna descendiente de una familia patricia.

En efecto, Metella era uno de esos seres privilegiados
que raras veces cruzan la tierra, la naturaleza se había
complacido en adornarla con sus mas preciosos dones: la
belleza y el talento, pero la sed de gloria, llenaba por com-
pleto el tierno corazón de Metella. ¡Pobre niña, creía que
la gloria era un juguete fácil y ligero de llevar, cuando
no es más que un corcel impetuoso, indócil al freno de los
que se creen más acostumbrados á dominarlo!

En un momento de vacilación, la soñadora jóven oía una
voz misteriosa que le decía:

—¡Valor, inspirada musa, se necesita energía para alcan-
zar el sitio que ambicionas, el aliento inmortal que te agi-
ta, no es un sentimiento vulgar, no son las ahogadas ma-
nifestaciones de su potente genio!

Y Metella cediendo á un deseo irresistible, se complacía en
soñar un porvenir sembrado de no interrumpidos triunfos.

Un ligero ruido producido por alguien que agitaba las
ramas de los árboles, cerca de los cuales se hallaba la jó-
ven, distrajo á Metella de su poética improvisación.

Era Luigi, el hermano de Metella, que hacía rato obser-
vaba en silencio á su hermana; la albanesa enmudeció, y
como para justificar su matutino paseo, elevó su mano há-
cia un racimo de uvas que se destacaba deliciosamente de
un fondo armonioso de verdura.

—¡Pobre Metella! exclamó maliciosamente Luigi salien-
do de su escondite, á seguir así, tú sola eres capaz de lle-
var á cabo nuestra modesta vendimia.

Una triste sonrisa se dibujó en los puros labios de la so-
ñadora albanesa

—¡Si posible fuera precipitar los monótonos años de mi
incolora vida! murmuró ella como hablando consigo
misma.

—¿Tan desgraciada eres hermana mía?

—¡Ah Luigi! perdóname la pena que mis palabras pue-
den causarte, pero el aire que aquí respiro me ahoga, falta
á mi oprimido pecho otra atmósfera, á mi mirada ambi-
ciosa otro horizonte, y si es verdad que todo mortal debe
tener en la vida un bautismo de lágrimas, prefiero la de-
sesperación y la muerte, á la enervante monotonía de mis
días.

—El camino que conduce á la gloria se halla cubierto de precipicios y muchos mueren antes de llegar al fin; porqué no eres modesta y sencilla? porqué ha querido nuestro padre darte una instruccion más vasta de lo que permitia su clase? Metella, añadió el jóven con amargura infinita, para tí la copa de la ciencia ha sido la copa del infortunio.

La jóven tendió la mano á su hermano y sin pronunciar una sola palabra se dirigió pensativa hácia la casa.

Luigi la siguió.

Algunos meses despues, cuando la noche tendia por la tierra el velo del silencio, una mujer vestida de negro salia recatadamente de la casa del viejo Jerónimo por la puerta que daba al campo, desapareciendo en la espesura ligera como una corza y libre como los pájaros que revoloteaban inquietos á su alrededor, asustados por el casi imperceptible ruido que producía su traje al rozar entre las yerbas que alfombraban la pradera.

Era Metella que abandonaba la casa paterna, para buscar en Roma la realizacion de sus poéticos sueños.

II.

Una multitud brillante y animosa llenaba las calles inmediata al teatro *Valle*, y una larga fila de carruajes dejaba incesantemente á los privilegiados de la fortuna, al pié del elegante peristilo del teatro.

El pueblo romano se preparaba á oír por primera vez á una poetisa recién llegada á la ciudad del Tiber.

Todos hablaban con entusiasmo de aquel acontecimiento teatral, y se decía que era una jóven desconocida que se habia presentado al empresario pidiéndole permiso para improvisar en la escena.

En medio de la general ansiedad se levantó el telon y apareció la jóven inmóvil y silenciosa en mitad de la escena con la frente melancólicamente apoyada sobre su arpa.

¡Cuán bella estaba al levantar su artística cabeza para fijar sus dulces ojos en la multitud! sus hermosos cabellos negros caía en numerosos bucles sobre su alabastrino cuello, una diadema de oro, purísima aureola del genio, apriionaba su cascabeleto, y bajo la blanca túnica de la nueva pitonisa, nadie hubiera reconocido á la sencilla y soñadora jóven albanesa.

Un murmullo de admiracion resonó por todos los ámbitos del teatro; Metella habia cautivado los corazones desde el primer momento de su aparicion.

La poetisa pidió un tema para improvisar, y los romanos eligieron, la Roma antigua, la cuna de Marco-Aurelio y los Caligulas, la ciudad de las grandes virtudes y de los grandes crímenes, no sin que temieran ver desfallecer á la pobre niña ante tan difícil y grandioso asunto, pero una sonrisa de triunfo vagó un momento sobre los labios de Metella, el arpa despidió algunas notas dulcísimas á manera de preludio, y en medio del más profundo silencio, la jóven empezó su improvisacion, prestándole todo el atractivo de que era susceptible su armonioso acento, y desplegando magistralmente ante el asombrado público, el cuadro inmenso de aquel imperio colosal, los resortes todos de aquella civilizacion poderosa que absorbió por algun tiempo los elementos de vida del mundo antiguo, y cayó al fin rota en mil pedazos ante la terrible irrupcion de las razas del Norte!

—¡Brava, bravissima, Pornatissima, Pillustrissima! exclamó el público entusiasmado cuando la jóven terminó su brillante improvisacion.

Multitud de coronas cayeron á los piés de Metella en medio del frenesí de aquel pueblo entusiasta como ninguno, ante semejante ovacion la albanesa se adelantó hácia el proscenio, oyó como en medio de un sueño delicioso, los vtores de la multitud, y presa de una emocion inexplicable llevó en silencio su mano al corazon, ante ese elocuente ademan, estalló una tempestad de aplausos, y Metella vaciló como deslumbrada, desvanecida, por el resplandor de su gloria....

Cuandó cayó el telon, el público aclamaba aún á la poetisa, y Metella trasportada á las regiones deslumbradoras que tanto habia soñado, olvidaba que era la humilde hija del viejo Jerónimo para sonreír al pueblo romano que abrió á sus encantados ojos las floridas sendas del arte.

III.

Un año pasó, ¡un año con su indispensable cortejo de dias felices y de dias nefastos! cuántos motivos de alegría se habian llevado sus rápidas horas! La esperanza de un porvenir de gloria que se habia presentado como una flor divina á la pobre Metella, llevaba escondido en un cáliz; el gérmen amargo de la decepcion....

La noche habia cubierto de sombras la ciudad del Tiber, y una mujer sencillamente vestida de negro, se hallaba asomada en el balcon de una casita de las cercanías de Roma, sumerjida al parecer en profundas reflexiones.

Era Metella la poetisa adorada de Italia, la mujer de corazon de fuego y alma de ángel que tenia el poder de arrebatarse al público con sus armoniosos versos, con sus brillantes improvisaciones.

Un año antes en el teatro *Valle* esperaba la gloria, un año despues en la casita solitaria esperaba el amor.

¡Pobre Metella! el jóven marqués del Tior hablaba el lenguaje ardoroso de la pasion, y consiguió hacerse amar de la bella albanesa, el amor es el hermano gemelo de la gloria, y el día que Metella se sintió amada, apareció transfigurada en la escena, su voz melodiosa llena de infinita ternura, hirió las más delicadas cuerdas del sentimiento y las palabras que salian de sus labios, no eran más que la incesante repeticion de la misteriosa frase *¡Te amo!* dirigida á un solo corazon de entre tantos que latian por ella.

¡Insensata! mientras se dejaba mecer por las seductoras imágenes que poblaban su fantasía, olvidaba que en el mundo el rango y la riqueza, superan al genio, y el amor cubrió sus dias de eterna tristeza. Pasada la embriaguez propia de un alma entusiasta, Metella pálida y enferma, se presentó en el teatro á recibir las coronas dedicadas á su marchita inspiracion.

¡Terrible momento! su voz era triste y quejumbrosa como el arrullo de tórtola solitaria, las palabras salian con lentitud de sus descoloridos labios y el público ingrato siempre desconoció á la que tanto habia amado, pero ¿qué importaba á la jóven, perdido el bello ideal de sus amores, carecer de la gloria que habia arrullado los cándidos sueños de su adolescencia?

El amor del brillante marqués fué tan pasajero como los aplausos efímeros del público, y Metella, espera en vano en la casita del valle al ingrato amante que no debia volver, cuando aún un pálido reflejo de amor, podia devolverle la belleza el envidiado lalisman de las mujeres, y la inspiracion el talisman sagrado del genio.

Algunos dias más tarde el pueblo romano acudia al teatro *Valle*, para oír la última improvisacion de Metella, la albanesa se alejaba para siempre de Roma, y los amantes de la armonia no podian dejar de oír el postrer canto del cisne, de aspirar el casi desvanecido perfume de aquella flor, tan pronto marchita, y observar los rasgos del dolor, en el tristísimo rostro de la abandonada poetisa.

—Romanos, exclamó ella arrancando con temblorosa mano melancólicas notas á las sonoras cuerdas del arpa, cuando por primera vez pisé el templo del genio, creia en la gloria y el amor, esos dioses eternos del corazon humano, el porvenir se presentaba á mis ojos como un florido sendero, que debia conducirme al hermoso eden de mis ilusiones, y el aire que respiraba se hallaba saturado con todos los perfumes de la esperanza á medida que adelanté en mi camino, la atmósfera se vició y me ví precisada á detenerme. ¡Amor y gloria! hermosas ilusiones que nunca se realizan, dorados sueños del corazon parecidos á las pinturas de Apeles inútilmente buscadas.... ¡pobre gloria! pasó el tiempo en que ostentabas orgullosa los harapos del mendigo y errabas por el mundo con los ojos vendados como el amor ¡gloria y amor! los vicios de las sociedades modernas os han reducido á la condicion de un enigma indescifrable, la fuerza arrolladora de los siglos, ha hecho desaparecer las huellas de la civilizacion de las primeras edades del hombre, y vosotros tambien habeis recibido el bautismo de los tiempos. Nacidos ambos en el cielo al descender á la tierra, los hombres han convertido á la gloria, diosa inmortal de las edades antiguas en la reina efímera de las edades modernas, y á su hermosa frente despojada de la aureola divina del genio, ciñen la corona vulgar de la cortesana sin pudor que prodiga sus favores. ¿Qué resta pues á la gloria menospreciada por los hombres? una hoja seca de laurel que acompaña á la angusta víctima al sacrificio y el amor de este delirio de las almas sensibles? una corona de rosas sujeta á un carcaj de luto, porque los dos teneis ya un pié en la region de las sombras, puesto que la muerte y el olvido, son el único fin de la gloria y el amor!

¡Bravissimo ó carina! exclamó la multitud entusiasmada.

Metella habia reconquistado todo su perdido ascendiente, y sus temblorosas manos arrancaron lastimeros gemidos al melodioso instrumento, como último adios á tantas esperanzas desvanecidas.

¡Dios mio! exclamó la jóven viendo á Roma entera á sus piés aclamándola con loco entusiasmo, dame fuerzas para cumplir mi sacrificio!

Metella abandonó precipitadamente el teatro cuando los bravos y las palmadas resonaban á sus oídos como una música deliciosa.... en vano sus admiradores corrieron á su casa para hacerla desistir de su resolucion.... la artista habia desaparecido.

Metella volvió á casa de su padre con el propósito de olvidar su tempestuoso pasado en la hermosa soledad de

sus primeros años.... ¡tanto como se pueden olvidar una fiebre de gloria y un recuerdo de amor!

ANA DES ESSARTS.

UNA HISTORIA DEL MAR.

I.

Qué hermoso es el Océano en una de esas noches de Estío tan claras y serenas!

Qué armonía en el rumor de las olas, qué suavidad en el resbalar de su espuma, que inmensidad la de aquella llanura líquida, cuyo azul pálido esmalta la luna reflejando sus rayos en el cristal movable que los dilata y los concentra, haciéndoles semejar a un fino tejido de hebras de oro con que una mano invisible juguetea sobre el mar!

Hay en el alma siempre como un deseo absorbente de calma y felicidad. Uno de esos momentos de *sueño moral*, si se nos permite llamar así á ese suave adormecimiento del espíritu cansado que esparce sobre el pensamiento el palpable velo del olvido; uno de esos instantes en que el alma, sin darse cuenta de lo que siente, de lo que vé ni de lo que oye, por vagar sorprendida sobre otros mundos de más puro y dilatado espacio; uno de esos éxtasis del sentimiento que dominan el ser físico, vive para siempre en nuestra memoria como un perfume no extinguido, como un astro no apagado. Así es como recordaremos un suave y tierno episodio que vamos á contar á nuestros lectores.

II.

Era el mes de Agosto de 187.... Nos hallábamos en Cádiz, en esa bella ciudad rodeada del Océano que la ciñe de espumas y neblinas, como una madre amorosa rodea de gasas y encajes la cuna de su hijo.

Nada más encantador que el aspecto del mar en una de esas noches templadas y serenas, desde los bellos paseos que en su orilla se levantan reflejando en las olas las copas de sus árboles, como una silueta oscura que refracta sobre un cristal blanquecino.

En una ondulacion constante como pasa y vuelve á pasar ante la luna la blanca nube que el viento lleva, pasaban las hermosas gaditanas rodeando aquel paseo, la *Aldameda del Perejil*, como le llaman con el sin igual gracejo de la pronunciacion andaluza las hijas de este suelo.

La concurrencia aumentaba, pues anocheceia entónces, y á cada instante nuevas y hermosas mujeres, con ligeros y elegantes trages propios de la estacion, iban llegando al paseo.

Tenemos cada sér nuestras escentricidades y caprichos, hijos á veces del carácter que ha formado una educacion especial, ó acaso de los motivos de pesar ó alegría que nos rodean en la vida; sea de ello lo que fuere, el caso es que yo que concedo á la sociedad la gran ventaja de atraer y concentrar todos los sentimientos que honran al corazon humano, pues la sociedad es el cuadro en que el talento, la virtud, la caridad y la belleza forman ese admirado relieve que á veces se fija para siempre; yo que he encontrado en ella amistad de que hoy se duda, y en la amistad cariño y aplausos, si bien busco la sociedad cuando el corazon late indiferente, y á veces tambien cuando el corazon sufre, pidiendo ya olvido, ya consuelo, cuando mi alma envía á mi pensamiento sensaciones purísimas y desconocidas; cuando el pasado se vela entre las sombras del olvido como el horizonte en las sombras de la noche; cuando voces misteriosas dicen palabras nunca oídas para que el corazon, no la inteligencia, las analice; cuando en fin, *sueño despierta*, con ese sueño tanto más dulce cuanto más vago é imposible, entónces la sociedad es para mí como el eco ronco de la dispersion de una colmena; entónces, como si tuviera miedo á que me despertasen, huyo de ella, y busco la soledad; esa soledad tan grata que se puebla de quimeras; esa soledad que es como un lienzo en que el pincel del delirio bosqueja la impalpable forma de sus impresiones.

En la noche á que nos referimos habia como una iniciacion vaga de esas sensaciones en nuestro pensamiento.

El gracioso ondular de aquellas mujeres vestidas de blanco, el suave movimiento de los árboles que mecía el viento, el brillo dulce de la ola que refractaba la luz de la luna, nos inspiraba una tristeza que en vano luchábamos por desechar.

Felizmente nos rodeaban personas queridas de nuestra familia, y hacer violencia á nuestros sentimientos era completamente inútil.

—¿Qué tienes esta noche? me preguntaron con cariño, parece que estás triste.

—Sí, me apresuré á contestar; es una sensacion extraña; pero estos sitios que me atraen siempre por su belleza, me producen esta noche una impresion penosa.

—Vámonos, pues, dijeron vivamente poniéndose de pié, no hay para qué continuar aquí.

Yo les di las gracias con una sonrisa y me levanté para alejarme.

—¿A dónde iremos? preguntó uno de los amigos que nos acompañaban.

—La noche es hermosísima, dijo otro, ¡si fuésemos a pasear al mar!....

Todos aprobamos esta idea y fuimos a buscar una barquilla. Junto al embarcadero se mecía una linda y brillante lancha, cuyo patron, medio tendido sobre sus bancos, cantaba a media voz esas dulces baladas del país.

—¡Eh, marinero! acerca la barca, le gritaron.

—Allá voy, señor, contestó arrojando al agua la punta del cigarro que tenía entre los labios y bajando los remos, —Joseillo, gritó; Joseillo, vamos, anda, toma el remo.

Entonces se vió un chico de unos diez años de edad alzarse desde el fondo de la barca, restregarse los ojos como si le hubiesen despertado y balbucear medio dormido:

—¿Qué es esto, nos vamos ya!

—No, hombre, es que esos señores querrán pasear, y como la *Virgen del Carmen* es la barca más bonita que se moja en el Océano, vé tú ahí por qué nos llaman.

Y diciendo esto había hecho acercar la ligera barquilla empujándola con los remos, hasta hacer que tocara su borde a la escalera.

Saltamos a ella, y después de sentarnos en los bancos en donde el patron, con esa amabilidad innata en la gente del mar había extendido su capote, le oímos preguntar:

—¿A dónde, señores?

—Al azar, saldremos de la bahía.

La barca, con un balance dulcísimo, comenzó a deslizarse sobre las aguas, dejando en pos un ligero surco de espuma.

Muy en breve las lucecitas de las lanchas pescadoras que estaban agrupadas junto al muelle, semejaron otras tantas estrellas que se hubiesen desprendido del manto de la noche.

La hermosa bahía fué apareciendo a nuestros ojos como un ancho y tranquilo lago, en cuya orilla se agrupaban con un efecto de vista admirable, tantos y tan bellos pueblecitos como desde Rota y el Puerto, hasta el Arsenal de la Carraca van rodeando al mar, como rodean una pequeña laguna las bandadas de palomas que se paran en su orilla.

Desde la entrada del puerto ofrece el Océano la más bella y animada de las perspectivas.

Los hermosos edificios que en Cádiz parecen haber brotado del granítico lecho de las olas, se destacan severos sobre su espléndido cielo de purísimo azul, como en el fondo del risueño valle la enhiesta montaña cuya elevada cresta visten las nieves con su albo manto.

Por el lado del Sur es más imponente su aspecto, más grandioso, más severo.

El Océano sin límites se extiende en aquella imponente soledad, como el lazo cristalino que une al continente europeo con el continente americano.

Todas las encantadoras perspectivas, todos los efectos de luz y sombra, que hubiese buscado un artista para un gigante cuadro, pasaban ante nuestros ojos, deslumbrándonos.

Era celestial el silencio.

Ni una nube en el Cielo, ni una ola en el mar.

Las gotas de los remos al caer sobre el agua producían un sonido dulce y melodioso, como si fuera una armonía que brotase del fondo de las aguas.

La barca se arrastraba lentamente, con la suavidad de un cisne que se meciese en el agua.

El marinero cantaba a media voz como si se acompañase con la cadencia de los remos, y todos callábamos dominados por una vivísima emoción.

De pronto oímos preguntar a uno interrumpiendo el canto del patron.

—¿Por qué diablos vais los dos vestidos de morado?

Entonces, despertando de nuestras quimeras, nos fijamos en el traje de los marineros, que era algo extraño.

Llevaban, como demostraba aquella pregunta, pantalón y chaqueta morada, pero descolorido por el Sol y la espuma.

Sobre su pecho, que ocultaba a medias la ancha chaqueta, se veían cruzar unas pequeñas cintas que parecían ser de un escapulario.

—Es una historia de la *má* (1), señorito, contestó afablemente el patron del pequeño bote.

—Una historia! exclamamos, ¡ah! cuánto deseáramos oírla!....

—Si la señorita quiere.... pero nos vamos alejando mucho y se hará tarde, dijo vacilando.

—Pues bien, respondieron adelantándose a mis deseos mis amigos, levantemos los remos, y la oiremos sin ir más allá.

(1) En la Andalucía baja, la gente del pueblo no pronuncia la *r* y *s* final, pero acentúan la vocal de una manera muy graciosa.

Yo les di gracias con una mirada, y me dispuse a escuchar.

Jamás olvidaré aquel momento.

La barca, no impulsada, se mecía dulcemente sobre un mar que no arrugaba el más ligero soplo.

La brisa era tan dulce, tan leve, que movía las olas, como mueve un suspiro los encajes que cubren el pecho de una hermosa.

Era uno de esos momentos en que la naturaleza se adormece, en que el mundo parece descansar de su rotación constante, y todo esto es calma y solemne quietud.

En esos instantes, el pensamiento, siempre activo, cree que por él se engalana la creación, y hace de su belleza la decoración brillante del drama íntimo que se desarrolla en el corazón.

El sentimiento rebosa en el fondo del alma, que se asombra a sí misma, se embriaga en su grandeza, y se envuelve, para no romper la forma mortal que la encierra en la nebulosidad del éxtasis.

No se explica, no busca la causa de esos latidos que no comprende, de esos anhelos que no se determinan, de esas esperanzas que no toman una forma.

Ve desarrollarse ante sí horizontes desconocidos, siente brotar corrientes de vida.... ¿de qué vida? ¿Todas las sensaciones son nuevas! ¿De una vida de gloria? ¿Quién sabe!... ¿Cómo seguir el vuelo del pensamiento en el espacio sin límites del delirio!....

El pasado y el porvenir flotan confusos ante nuestra razón, y sus recuerdos y esperanzas pasan ante la realidad del momento como pasan ante el Sol los deshechos girones de una nube.

¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Hé aquí lo que confusamente quiere preguntarse el pensamiento dominado por el vértigo de lo desconocido.

Pero esas preguntas no llegan a formularse; en ese estado excepcional del pensamiento, la luz y la sombra luchan en él y las impresiones no se graban.

En un sonambulismo del alma que vaga sin voluntad por ese hermoso mundo del corazón y del sentimiento que se llama idealidad.

No hay dolor, no hay placer; es una mezcla confusa de ambos sentimientos, es como el crepúsculo extraño de una noche cuya sombra no se ha visto y de un día cuya luz no se verá.

¡Ah! que acaso estos momentos son un descanso concedido a la razón que se gasta en el roce continuo de la vida, como las ruedas de una máquina en su constante movimiento!....

Quizá son la iniciación de un pensamiento tan nuevo que la humana palabra no sabe analizarse. Con que poco se satisface a veces el corazón!

Un bello paisaje contemplando junto a una persona querida; una ilusión flotando sobre los sentidos; una barca sobre el mar esmaltado por la luna, y el corazón descansa en un sueño de felicidad!

Al despertar de nuevo a la *vida real*, el sentimiento que dió forma a este sueño no se desvanece; no pasa como en el mar la blanca estela que forma la nave; las horas no borran como las olas el surco recién abierto; sino que oculto en el alma queda en él como el perfume de una flor ya agostada!

Perdonad, lectores, que yo deje a mi pluma libremente grabar las impresiones de mis sueños y me olvide de la historia ofrecida; volvamos a ella.

—En el pasado año, comenzó el patron, tenía yo una barca vieja y rota que había heredado de mi padre.

Con ella salía a pescar, conducía equipajes a los buques correos, y ganaba, en fin lo necesario para mantener a mi familia.

Una mañana, al arreglar mis aparejos, una ráfaga de viento que azotó mi rostro me hizo levantar la cabeza con recelo.

Una ancha faja gris se extendía hacia Occidente, y el viento que soplaban en fugitivas y fuertes ráfagas anunciaba tempestad.

Pero el cielo estaba azul, el mar rizado apenas, y yo creí que tendría tiempo de tender las redes y volver a mi casa.

Me embarqué llevando conmigo a mi pequeño hijo, y señalaba al niño que le acompañaba y que parecía próximo a dormirse de nuevo; y rezando una salve a nuestra santa Patrona, me interné en el mar.

Apénas había tenido tiempo de arreglar las redes en el fondo de la barca, cuando gruesas gotas de agua pasaron en el viento salpicando mi frente.

Mi primera idea fué volver al puerto, pero ya era tarde; las olas se revolaban azotando con furia mi pobre barca y salpicándola de rabiosa espuma. La franja oscura que parecía un muro del horizonte, se había extendido hasta envolver el cielo; el viento huracanado recorría en breves momentos todos los puntos del cuadrante.

El agua comenzó a caer con una violencia espantosa, y las olas, al recibirla, se alzaban furiosas, como si quisieran rechazarla.

El eco del trueno, como la voz gigante de un centinela de la tempestad que diese un «alerta» a la gente de mar, se dejaba oír.

La luz del relámpago formaba brillantes ondulaciones sobre el oscuro velo de las nubes.

Algunos instantes habían bastado para que la tempestad desplegara su majestad terrible, y yo solo, en medio del Océano, envuelto por ella, me creía perdido.

Mi hijo lloraba asustado, y su llanto me destrozaba el alma, porque al fin yo soy viejo, y la mar es tan buena sepultura como cualquiera otra; pero él, mi Joseillo, que empezaba a vivir!....

¡Oh! si yo hubiera estado solo, no hubiera tenido tanta pena. En menos tiempo que el que he necesitado para contarla, la vela, arrancada por el viento, cayó con estrépito sobre la vieja barca, haciéndola inclinarse con su peso hasta casi zozobrar.

Pidiendo a Dios valor, probé a arrancar el mástil para librarla de aquel nuevo peligro, cuando mástil y vela cayeron al mar, una ráfaga de viento levantó la barca con violento empuje, y la elevó sobre una montaña de espuma.

Desde aquel instante me creí perdido sin remedio.

Uno de los remos se había roto en aquel violento choque; el otro lo había arrancado una ola.

La barca giraba siempre, como si las olas, haciendo de ella un juguete, se la arrojasen de una a otra.

A veces nos sentíamos descender entre remolinos de espuma al fondo de un abismo, a veces una montaña de cristal nos sostenía en su cima, haciéndonos ver el cuadro de horror que nos cercaba.

El viento levantaba remolinos de agua en derredor de nuestra barca, que parecía estar sostenida por la voluntad de Dios sobre aquel abismo de espumas y de olas que amenazaba hundirla a cada instante.

El agua de las nubes que caía a torrentes me cegaba pero al querer buscar auxilio encontraba por todas partes la más espantosa soledad.

Sin duda nos habíamos alejado mucho de la bahía impulsados por el viento, y era imposible volver a la rada.

Viendo ya perdida toda esperanza, me arrodillé en la barca junto a mi hijo, y recé con tanto fervor como en el día de mi primera comunión.

¡Ah, señoritos! decía con sencillez, bien dice un cantar que oí leer un día a unos señores que paseaban:

El que no sepa rezar
que vaya por esos mares,
y verá que pronto aprende
sin enseñárselo nadie (1).

Yo pedía a Dios que salvase la vida a mi hijo, aunque fuese su voluntad tomar la mía, y sin sostener una lucha imposible, me preparaba a morir.

Un eco ronco que dominó los ecos de la tempestad me hizo mirar en derredor mío.

Una ola gigante, una de esas olas que recorren en pocos minutos el trayecto de dos mil leguas que nos separa del piélago americano, avanzaba sobre el Océano con imponente grandeza.

Elevé mi alma a Dios, cerré los ojos, y abrazado a mi hijo me dispuse a morir.

Sentí un estremecimiento poderoso, la barca, arrastrada por la ola como una pluma por el huracán, había sido arrojada de ella con una fuerza espantosa.

Cuando vacilante, con la expresión y el terror de la agonía pintado en el semblante, abrí los ojos de nuevo, me creí loco, y exhalé un grito de inmensa alegría.

¡Estaba en el puerto!

La ola gigantesca que yo creí barrería mi pobre barquilla cual barre el viento un puñado de polvo, me había salvado.

Entonces, reanimado de nuevo, pensé en buscar medios de salvación: la barca estaba llena de agua, y comencé a sacarla como pude, creyendo que era el agua arrojada por las nubes y las olas.

Una nueva y horrible desgracia venía a apagar la esperanza que había abrigado por un momento.

El viejo casco de mi pobre barca se había abierto en el choque, y el agua penetraba en ella de una manera aterrador.

En vano quise contenerla con mis ropas y las redes; la misma violencia del viento y las olas me impedían obrar con prontitud y acierto.

Entonces sentí no haber muerto antes...

Porque ¡es tan triste después de haber halagado una esperanza perderla de nuevo!

Yo veía la tierra; allí, a algunos pasos de mí, estaba la vida, la esperanza... allí estaba mi mujer y mis hijos, a los que yo no vería más!...

Le pedí a Dios que acelerase aquella agonía desesperada, mil veces más terrible que la muerte misma.

Aquel mar que yo había visto tantas veces dulce y tranquilo como un espejo del cielo.

(1) Trueba.

Aquellas olas azules que tantas veces habian mecido mi sueño, iban á ser mi sepultura!

¡Mi hijo, mi adorado hijo, iba á morir entre ellas!...

Gotas de helado sudor brotaban de mi frente, temblaba de una manera convulsiva y estrechaba delirante á mi hijo para que al ménos muriésemos juntos.

Pero, ¡bendita mil veces la misericordia de Dios!

Bendita la religion que hace hermanos de todos los hombres y prescribe la caridad; esa manifestacion dulcísima del bien, que une por el sentimiento los corazones en una sola aspiracion!

Se habia visto desde el puerto una lancha que zozobraba, y algunos valientes pescadores venian en nuestro socorro.

Yo no sé si hay quien pudiera expresar lo que sufrí en aquella eternidad de un momento!

Al ver la barca luchar contra las olas, y á veces retroceder con su impulso, en tanto que la débil tabla que nos sostenia sobre el abismo se hundia lentamente; al ver en la muralla todas aquellas personas que esperaban ansiosas, entre las cuales acaso estaban, muriendo como yo de temor, los seres que yo amaba, comprendí lo que vale la vida, y casi loco ya, pedia á Dios esa vida que un instante no más perdido por mis salvadores, hubiera apagado para siempre.

Algunos momentos más de esta indecible angustia, y creo que hubiera muerto!

Cuando los pescadores, luchando bravamente con la tempestad, nos recogieron á bordo de su lancha, yo quedé como una masa inerte; parecia que la poderosa lucha sostenida por mí habia roto los resortes de mi vida.

Momentos despues, mi vieja barca se hundia en el Océano, y yo besaba de rodillas la tierra de la playa, dando á Dios gracias por la vida que me habia conservado.

Pero al concederme la vida me habia quitado los medios de sostener á mi familia, mi barca se habia perdido!

Entónces todos aquellos seres generosos que habian querido salvarme abrieron una suscripcion, y con ella me compraron esta barca, á la cual en memoria de este milagro puso el nombre de nuestra santa Patrona, de la *Virgen del Carmen*.

—¿Pero y el traje morado? le preguntamos.

—¡Ah! Es el hábito de Jesús Nazareno que mi hijo y yo vestiremos cuatro años, pues así lo ofrecí á la Virgen al llevarle á otro dia nuestras ropas empapadas por la espuma.

El patron estaba tan conmovido, que las lágrimas asomaban á sus ojos; todos lo estábamos tambien, pues su sencilla narracion, la fe que rebosaban sus palabras, y la idea de aquel peligro llegaban al corazon.

Despues de hacerle varias preguntas volvimos al puerto, donde dejamos al niño algunas monedas, habiendo ofrecido á su padre que la *Virgen del Carmen* seria siempre nuestra barca predilecta.

Muchas veces el recuerdo de aquella hermosa noche y aquella triste historia ha cruzado por mi pensamiento, y copio esta historia esperando sea tan grata para mis lectores como para mí lo ha sido siempre.

PATROCINIO DE BIEDMA.

REVISTA DE MODAS.

En cumplimiento de nuestra palabra, vamos á trazar una breve reseña de las novedades que la moda nos ofrece, para lo que falta de Otoño y para los primeros dias del próximo Invierno.

Esperando los modelos que debian llegar de Paris, despues de aprobados en la Exposicion, se ha pasado casi todo el Otoño, de modo que, los trages que hoy nos ofrecen los figurines, son más bien de Invierno que de entre tiempo.

Los modelos para vestir afectan áun la forma *princesa* con algunos detalles nuevos, tales como el cuerpo frac y chaqué, los cuales no son, por cierto, del mejor gusto. El adorno obligado para vestidos de telas lisas son los *plexis*.

Los trages de combinacion se hacen lo mismo para entre tiempo que para Invierno, variando sólo los géneros. El cachemir y la faya, ó el crespon de lana y las sicilianas y gros, se emplean en los primeros, y la faya y el terciopelo, ó éste y el brocatel para los segundos.

Como atavío de poca pretension el género escocés, fondo oscuro y grandes cuadros, cortados por listas de seda estrechitas, es el llamado á llenar esta necesidad. La forma es falda y sobre falda estrechas, ó bien la primera plegada á la inglesa. Gaban ceñido, abierto en solapas, sobre chaleco de terciopelo negro, ó mar-

ron, y carteras en los bolsillos y boca-mangas. Las botonaduras, que forman parte del adorno de estos trages, son doradas, ó de acero abillantado, figurando estrellas, alfajores y otros caprichos: algunos tan estrabagantes como el que hemos visto en un escaparate, y que se compone de herraduras de diferentes tamaños, chicas para el pecho y mayores para los bolsillos y boca-mangas. Suponemos, desde luego, que no habrá ninguna señora de tan mal gusto que cargue con dicha extravagancia. Los trages que acabamos de citar son redondos, y á propósito sólo para personas jóvenes y esbeltas, pues á las gruesas no les favorecen.

En sombreros reina una verdadera anarquía. Ocho ó diez formas se disputan el campo; pero es de creer que la capota quedará admitida, en absoluto, como sombrero de señora casada y el *Rubens* para señorita joven, quedando las demás para satisfacer los caprichos de las verdaderas coquetas.

Los abrigos de punto de *croché*, que de tanto favor disfrutaron el año anterior, han pasado de moda, con las telas nevadas, las ahujas doradas y las peinetas. La última palabra en abrigos es el dolman de cachemir bordado de sedas flojas á punto ruso y los chales de felpa rizada. Estos últimos son un capricho encantador, algo caro, pero bellísimo. Envuelta en uno de estos chales de color azul-pálido, rosa-seca ó blanco de leche, una mujer medianamente hermosa parece una Hada en un nido de espuma, y adquiere el encanto de todo lo que es vaporoso y ligero.

Para Invierno, el abrigo, aceptado por la moda es el chal de cachemir y sus imitaciones, más ó ménos ricos, y el chal Oriental, con hilos de oro y plata mezclados en el tejido.

La moda de Invierno será ostentosa, á juzgar por los preparativos que hace. En los salones se lucirán ricos trages de brocado y damasco, y los accesorios guardarán proporcion en riqueza y brillo.

El zapato se ha prostituido hasta un punto extremo, por lo que vuelve la bota á ser el calzado de vestir. El satén negro y el tafilete bronceado son los géneros admitidos para botitas de vestir: las de calle, como siempre, serán de piel de guante.

Los peinados continúan llevándose sencillísimos, y áun cuando varien no volverán, por ahora, los postizos, ni tomarán las colosales proporciones que alcanzaron últimamente y que tan ridículos les hacia.

El velo-tohalla sigue llevándose, alternando con el céfiro moteado de negro sobre blanco y blanco sobre negro. Tambien los hay moteados de puntitos matálicos, que son de un efecto delicioso, si los ostenta una cabeza joven y linda.

Para ocuparnos de los trages de sociedad es algo pronto, y lo aplazamos para otra revista, pues harto sabido es que hasta entrado el mes de Diciembre, no se abren los salones del gran mundo en la corte, y mucho ménos si toman la costumbre parisien.

Así pues, damos por terminada nuestra tarea y por cumplida nuestra promesa.

SOFÍA TARTILAN.

Madrid: 1878.

NOTICIAS.

La redaccion del CÁDIZ, envia en el día de hoy á su Directora su cariñosa felicitacion.

Hemos tenido el gusto de saludar en esta redaccion á nuestro querido amigo el diputado constitucional y distinguido ingeniero Sr. D. Luis de Rute, que ha vuelto ha Sevilla en donde por ahora permanecerá.

Hemos recibido el primer volumen de la interesantísima Biblioteca enciclopédica popular ilustrada que ha empezado á publicarse en Madrid, titulado *Manual de Física Popular*, y escrito por el ilustrado ingeniero Sr. Don Gumersindo Vicuña, doctor en Ciencias y Catedrático de la Universidad Central. Ningun libro hemos visto más á propósito para que el hombre ménos instruido aprenda prontamente, sin estudios previos, las admirables leyes que rigen á la naturaleza; los descubrimientos modernos que con aquellas se relacionan y de ellas se derivan, tales como el telégrafo eléctrico, la fotografia, los ferro-carri-les, el teléfono, el fonógrafo, etc.; las principales cuestiones de la ciencia física y su aplicacion á los usos de la vi-

da, á la Industria, á las Artes y á la Agricultura,— ya para realizar convenientes progresos en estos importantes ramos del saber humano, ya para competir ventajosamente en ellos con los adelantos que introducen los extranjeros.

Para formarse una idea aproximada de este precioso *Manual de Física Popular*, véase el índice abreviado de las materias que contiene:

Estados de la materia.—Atraccion molecular.—Gravitacion y gravedad.—La gravedad de los líquidos.—La gravedad de los gases.—Acústica.—Naturaleza del calor.—Trasmision del calor.—Dilatacion y termómetros.—Cambios de estado.—Medicion y trasmision.—Generacion y efectos de la electricidad.—Electro magnetismo.—La industria eléctrica.—Propagacion de la luz.—Composicion de la luz.

La forma es elegantísima: un tomo de 240 páginas en 8.º, buen papel, clara impresion, ilustrado con grabados en láminas sueltas, y una caprichosa cubierta al cromo.

Suscribiéndose á la *Biblioteca*, cada volumen cuesta cuatro reales, y los tomos sueltos se venden á seis reales.

Invitamos á nuestros lectores á que se suscriban, dirigiendo el pedido á la Administracion, calle del Doctor Fourquet, núm. 7, Madrid, en la seguridad de que no tendrán motivo de arrepentirse.

Se ha empezado á publicar una edicion completa de las obras más importantes de Voltaire en cuarenta tomos, traducida por D. M. de la Revilla y D. Luis Simarro y con un estudio general por D. Juan Valera. Hemos recibido ya el tomo 1, que es un abultado volumen en buen papel y muy bien impreso, y seguirá á los dos primeros, que contendrán todas sus novelas y el célebre diccionario filosófico. *La vida de Voltaire*, por Condorcet, y el estudio crítico por D. Juan Valera formarán un tomo que se publicará aparte. Cada tomo se vende al precio de 24 reales; pero los que se suscriban anticipadamente sólo pagarán 20, y esto al tiempo de recibirlo. Para pedidos y suscripciones, dirigirse á la Administracion de la *Biblioteca Perojo*, Madrid, Pizarro 15.

Ha fallecido en estos últimos dias la madre de nuestro apreciable amigo D. Manuel Laso y Hurtado, al cual enviamos nuestro sincero pésame por esta desgracia.

El día 3 se verificaron, segun estaba anunciado, las regatas dispuestas por el Club de esta ciudad, con asistencia de una de las sociedades de igual indole de Sevilla, pero no la de Gibraltar que se esperaba, sin duda por lo lluvioso del día. El programa, sin embargo del mal tiempo, fué cumplido, y se efectuaron cuatro regatas que ganaron nuestro paisanos.

Las tripulaciones vencedoras que regatearon en el esquite *Triunfo* compusieronla los señores siguientes:

1.ª D. Ramon Garcia; D. Antonio Bonora; D. Manuel Marengo; D. Manuel Diez, y timonel D. Miguel Vea-Murga.

2.ª D. Jorge Petty; D. José Villanueva; D. M. Candon; D. James Garrick, y timonel D. Salvador Luna.

En la tercera regata no luchó el Sr. Petty por efecto de una indisposicion repentina, sustituyéndole el apreciable joven Sr. Vazquez.

Durante el descanso se sirvió á los concurrentes un abundante *lunch*. Con este motivo cruzáronse las frases más afectuosas y expresivas entre los socios de los Clubs de Sevilla y Cádiz, que cada día estrechan más y más los vínculos de amistad y verdadero cariño que les unen. Tambien fueron galantemente aludidos algunos señores jefes y oficiales del ejército holandés que se encuentran aquí de paso, los cuales correspondieron con sentidos brindis por S. M. el Rey de España y por las sociedades ántes referidas.

Los premios consistieron en un objeto de arte y cinco medallas de plata del Club; una botonadura muy linda con inscripciones alusivas á la indole de la fiesta, donacion de un aficionado, y cinco preciosos alfileres para corbatas, obsequio de las bellísimas señoritas de Manzano, Cerero, Vi-diella y Viniegra, que presidian.

La música de Artillería tocó piezas escogidas.

El teatro *Principal* abre un nuevo abono de seis funciones, con la simpática compañía que dirige el Sr. Albarran. En esta última decena han tenido lugar en él las acostumbradas representaciones de *Don Juan Tenorio*, drama con que se conmemora en los teatros el triste día de difuntos, como si se nos quisiera hacer olvidar con aquellos muertos que *vienen* la eterna ausencia de los que lloramos alejados para siempre, y es fuerza decir que el drama de Zorrilla ha alcanzado una interpretacion perfecta de parte de los inteligentes actores encargados de su desempeño, particularmente de la Srta. Genovés, cada día más distinguida, y del Sr. Gomez, encargado del papel de D. Juan.

Una novedad nos ha ofrecido el Sr. Albarran al poner en escena la comedia del Sr. Echegaray (D. Miguel), *Contra viento y marea*, que ha sido muy bien recibida del público.

No hemos de juzgar aquí una obra que ya ha sido suficientemente juzgada al estrenarse en la corte, y decimos *suficientemente* porque no creemos merezca una crítica más seria obra tan ligeramente pensada como versificada con soltura.

Realmente la comedia es más que inmoral inocente, y no nos explicamos por qué se necesitase un jurado que autorizase su representación, siendo así que, por desgracia, nuestro público está ya acostumbrado á esos equívocos de mal gusto, á esas bromas, digámoslo así, que los autores se permiten, que en vez de ruborizar han acabado por hacer reír. Exceptuando la figura simpática de Luisa, y la graciosa, aunque exagerada de la viuda, los demás personajes, incluso el calavera Rafael, son una comparsa de tontos que ni interesan ni importan, y no es grande el sacrificio de hacer dormir á quien despierto sólo dice vulgaridades.

La figura del marido, la de la hermanita, y hasta las de aquellos criados tan *familiarizados* con sus señores que no salen del salón durante las visitas, son del género simple.

En cambio la versificación, generalmente ligera y fácil, tiene trozos muy agradables, cual lo son los versos á los ojos azules y el monólogo de Luisa en el acto segundo, que es el mejor de la comedia.

La interpretación ha sido acertadísima por parte de todos los actores, distinguiéndose como siempre el Sr. Albarran en su papel de gallego, la Srta. Genoves, la Sra. Carrion y el Sr. Gomez.

El público supo hacerles justicia aplaudiéndoles con entusiasmo.

Hemos recibido el interesante periódico de Paris *La Gacette des Touristes*, *La Patria* de la Habana, y *Los Teatros*, de Madrid.

Aceptando con gusto el cambio les agradecemos el recuerdo.

En estos últimos días hemos tenido el gusto de ver representados en el Principal los graciosos cuadros locales debidos á la chispeante pluma de nuestro amigo D. Javier de Burgos, titulados *La vuelta á Cádiz en sesenta minutos* y *Los Todosantos*. El agrado con que han sido recibidos confirma lo grato que es al pueblo tener una literatura propia, y verse retratado en sus usos y costumbres.

Imiten los poetas al Sr. Burgos escribiendo para su provincia y algo ganará el buen gusto, si se sabe ensalzarles lo bueno y corregirles lo malo.

Recomendamos á nuestros lectores los elegantes géneros de Invierno que se han recibido en la importante casa de los Sres. Tovia y Gomez, los cuales responden á todas las exigencias en la moda y del buen gusto.

Terciopelos, paños, lanas, sedas, chales de felpillas, confecciones de todo género, elegantísimas corbatas y mil y mil objetos propios de la estación, se hallan en tan acreditado comercio, á precios sumamente económicos.

Ha sido agraciado con una condecoración, nuestro querido amigo y colaborador D. Francisco de Dolarea. Le felicitamos cordialmente por tan merecida distinción.

Aunque una reciente desgracia de familia ha impedido á nuestra Directora obsequiar á sus amigos con una pequeña fiesta, su casa se ha visto hoy sumamente concurrida, habiendo recibido grandes pruebas de simpatía de todos cuantos la tratan.

Entre los magníficos ramos de flores que como recuerdo afectuoso se le han ofrecido, llamaba la atención por el buen gusto con que estaba hecho, el de la comisión de Jardines, y el del Jardinero mayor de la Ciudad.

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.

Guirnalda de Pensamientos, poesías.

Recuerdos de un ángel, elegías.

Dramas íntimos, episodios en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca.

Cadenas del corazón.

El capricho de un lord.

Sensitiva.

La botella azul.

El testamento de un filósofo.

El odio de una mujer.

El secreto de un crimen.

Las almas gemelas.

La flor del cementerio.

EPISODIOS.

¡Dos minutos!

Desde Cádiz á la Habana.

Una historia en el mar.

Fragmentos de un álbum.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripción hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

ANUNCIOS.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edicion de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodriguez y Rodriguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados estensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideración.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5; en Madrid en las principales librerías.

LOS DOCE ALFONSOS.

Romancero nacional

POR

D. Ramon Garcia Sanchez.

En prensa ya esta obra y no habiendo de tirar más que el número justo de ejemplares, las personas que quieran recibirla y figurar en la lista de suscritores que encabezan los nombres de SS. MM. pueden dirigirse á la administración, Lobo, 12, pral. derecha.

La obra, elegantemente impresa, se publicará por cuadernos de 32 páginas y cada uno costará 2 rs. en toda España, no excediendo de 46 el número total de ellos.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo quinto de la nueva serie, con la tercera edición de la novela

LA NUBE NEGRA.

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 5 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo. — *El Vello de oro y Fea y pobre*, un tomo. — *La manzana de la discordia y El Sueño de la felicidad*, un tomo. — *Madrid por dentro*, dos tomos. — *Anatomía del corazón*, dos tomos. — En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs. — *Fábulas en acción* 7 rs. — *Los Mártires del amor*, 5 rs. — *El escabel de la fortuna*, idem.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LAS LLAVES*, 40 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 43, en Madrid, remitiendo el importe.

LA HIGIENE DEL HOGAR

POR

EL DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Esta obra es indispensable para que las familias estén al corriente de todos los permenores de la *Higiene*.

No hay detalle que no abarque, con un estilo claro, sencillo, y según los principios más severos de la *Higiene*, sin la cual no es posible que en las casas pueda haber salud y alegría.

Es obra que puede servir de consulta para todos los casos, desde el más árduo, hasta el que parezca más trivial. Todas las clases hallarán en ella mucho que aprender, para su utilidad y buen gobierno.

Los establecimientos de enseñanza, los talleres, las fábricas, las embarcaciones y todos los centros donde se reúnan muchas personas no perderán nada en adquirir este libro.

Los médicos, cirujanos y farmacéuticos, harán un servicio á las familias, propagándolo y recomendándolo.

Véndese á 2 pesetas en toda España, pidiéndolo, previo pago, á la Administración de *La Guirnalda y Episodios Nacionales*, Barco 2, Madrid.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.

Más informes de los Agentes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.

LINEA DE VAPORES ESPAÑOLES
DE OLANO, LARRINAGA Y COMP.^a



PARA MANILA.

El nuevo y magnífico vapor de 5.800 toneladas

AURRERA

saldrá de Cádiz para Manila el día 12 de Diciembre y el 17 de Barcelona.

Admite carga y pasajeros.
Para más informes, acúdase á su consignatario en Cádiz, plaza de las Cuatro Torres, núm. 5, y muelle de la Puerta del Mar,

D. MANUEL A. DE AMUSATEGUI.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL
DE D. JOSE RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor
Sacramento 39 y Bulas 8.